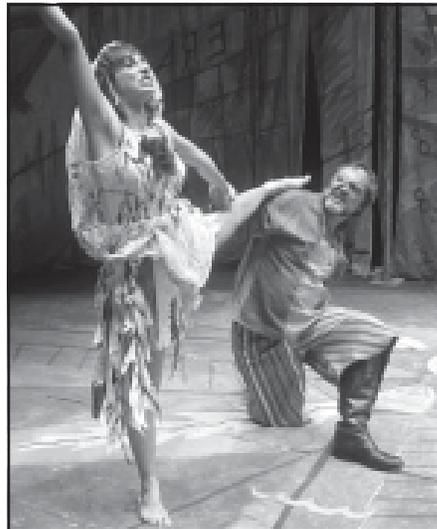


La creación artística y la formación académica en el teatro

Jorge Plata
Director
Escuela de Artes Escénicas
Universidad Central



En el marco del III Simposio Internacional de Literatura, organizado por el Departamento de Humanidades y Letras de la Universidad Central, he sido invitado para hablar sobre la *creación artística y la formación académica* en lo que respecta al campo del teatro. Que me han pedido hacerlo, ipues, qué remedio!, hablaré de eso!, como dice

un personaje de un divertido monólogo de Chejov.

Tratar de hablar sobre fenómenos tan difíciles de precisar, como es el caso de la creación artística, pone siempre en una situación difícil y peligrosa, debido al gran número de opiniones, teorías y sentimientos encontrados. Todo se complica aún más si el tema se focaliza en el caso del teatro, en el que la cantidad de factores en conflicto convierte la especulación teórica en algo verdaderamente dramático y patético. En semejante situación lo más prudente es avanzar paso a paso. Y el primero es tratar de descubrir cuál es la base de la actividad artística teatral.

Si se toma el teatro como fenómeno total, como espectáculo, los que no sienten especial atracción por él pueden verlo como una mezcla de todas las demás artes, un salpicón, un revoltillo que carece de algo que lo haga esencial; de una manifestación que por falta de centro no puede considerarse como una forma autónoma de arte. Por el contrario, los alucinados por él llegan a considerarlo como la síntesis, el súmmum de todas las artes.

➤ Dossier ➤

Para tratar de hacer alguna claridad debo recurrir a mi experiencia personal, pues el fenómeno artístico tiene sus raíces en el individuo, y puede aplicársele aquello de que «cada cual habla de la fiesta según le fue en ella». Pues bien, llevaba yo varios años haciendo teatro cuando, de repente, me sentí muy preocupado por esa caracterización tan poco definida del oficio del «cómico», al que había dedicado mi vida. ¡La única vida que tengo, pues por supuesto que no creo en la metempsicosis! Dedicué, entonces, algo de mis ocios a indagar de qué se trataba lo que estaba haciendo, ¿qué tanto había metido la pata, según la opinión de mis mayores y de la gente seria?

Comencé por preguntarme a mí mismo y a mis compañeros de «infección» ¿cómo es que habíamos llegado a esto?, ¿por qué habíamos decidido ser actores? Digo «infección» porque el teatro es como un virus que ataca sin misericordia a las personas que tienen cierta predisposición al juego y carecen de las defensas de la seriedad. La respuesta, casi unánime, fue la de que lo habíamos hecho por un impulso muy fuerte: el deseo de vivir muchas vidas en el tiempo que nos daba nuestra única vida. ¡Memtempscosis concentrada! ¡Transformación sin necesidad de morir! No estaba nada mal como principio de mi indagación. La transformación sólo se puede dar por imitación de lo que es distinto de uno mismo. La imitación en griego se dice *mímesis*, y la *mímesis* implica transformación.

Si se observa la naturaleza encontramos en ella innumerables ejemplos de *mimetismo* en los seres vivos, y todos estos casos responden a la imperiosa necesidad, que lo vivo, tiene de preservar la vida, al instinto de conservación. Se puede entonces de hablar de un *instinto de mímesis*, de un instinto de transformación, de transfiguración; de un instinto tan básico como los instintos de reproducción y conservación de la vida.

Los filósofos de la Grecia clásica, siempre lúcidos (Platón, Aristóteles...), definieron el arte como la reproducción de la realidad por medio de la *mímesis*. Si ellos tenían razón, el arte del teatro tenía entonces una base profunda; pero, además, por ser un arte cuyo instrumento de imitación es el ser humano mismo (cuerpo y conciencia), el más antiguo de los instrumentos, y lo que se imita es la acción de otros seres humanos, se podía concluir que el arte del teatro venía a ser la primera y más humana de las artes. Al entender todo esto sentí que la profesión de actor ganaba respetabilidad y podía sentir *simpatía* (otra palabra fundamental en nuestro oficio) y algo de respeto por mis compañeros cómicos y por mí mismo, quienes nos entregábamos en cuerpo y alma, sobre todo cuerpo, a satisfacer, con doloroso placer el «deseo de ser otro», eligiendo una profesión más antigua que la llamada «profesión más antigua del mundo».



El segundo paso en mi indagación fue tratar de precisar *qué es el teatro* ¿Existe algo nuclear en él que lo diferencie de otras formas de arte? Para responder a esto se debe proceder a hacer un ejercicio fenomenológico: ¿qué pasa si despojamos al teatro de todos los artefactos y artificios que toma prestados de las otras artes?, ¿de la música, de la danza, de la poesía?, ¿desaparece eso que llamamos «teatro»? Pues no. Ahí permance. Desnudo pero esencial. Y no desaparecerá mientras no lo privemos de los tres aspectos que constituyen su «almendra», su núcleo, a partir del cual puede aparecer con muchos disfraces.

Trataré de precisar los tres factores que componen esa esencia, proponiendo una definición del fenómeno teatral: se trata de *un ser humano que se transforma conscientemente* en algo distinto de sí mismo -mediante un proceso lleno de riesgos- *ante la mirada presente y expectante de otro ser humano*, el cual debe sentirse afectado sentimental e intelectualmente por la transformación del primero, quien, a su vez, es afectado por la reacción del que lo observa.

Ser humano, transformación, frente a la mirada presente de otro ser humano, son los tres factores sin los cuales desaparece el teatro. La relación dialéctica que se genera en tiempo y espacio reales entre el *actor* y el *espectador* durante la *transfiguración* es el fenómeno teatral. Creo que con esas precisiones aparece claro qué hace diferente al teatro de todas las demás artes.

Cuando fui consciente de las particularidades de mi oficio, me sentí más tranquilo: no se trataba de un salpicón de artes, y tampoco de una sumatoria de ellas. El arte del teatro era un arte autónomo e incluso (he llegado a pensarlo), la forma de arte más primigenia y esencial y, sobre todo, la más caracterizada por lo humano.

Esta última afirmación proviene de una certeza que se fue afirmando en mí, a través de la experiencia, y que ayuda a responder otra inquietud: ¿por qué hacemos teatro?, ¿para qué sirve el teatro? Con frecuencia, especialmente en momentos de desilusión, respondemos que para nada o que, a lo sumo, sólo es una diversión, un juego, una expresión de la libertad, ante el utilitarismo de las fuerzas que manejan la vida y la sociedad. Olvidamos que, en general, el arte es una forma de conocimiento, y que, en particular, el objetivo profundo y único del teatro es el conocimiento del comportamiento de los seres humanos. Una especie de Antropología por medio de la intuición artística. Conocernos a nosotros mismos, un ideal socrático. Recordemos que a Sócrates no le interesaban los árboles porque no se podía hablar con ellos. Pues, al teatro tampoco le interesan los árboles.

Las ciencias de lo humano tienen, por supuesto, el mismo propósito, y han avanzado mucho. Uno de sus grandes ejemplos es Freud, pero, como afirma Harold Bloom, Freud es sólo un comentarista especializado de algunos los

numerosos aspectos del comportamiento humano que descubrió o intuyó y describió el más grande de los dramaturgos: Shakespeare.

Podríamos mencionar otras razones que motivan a hacer teatro, pero creo que he aludido a las fundamentales. Entre las otras razones, hay algunas que apuntan a fines mucho más egoístas y triviales: el dinero, el narcisismo, la fama... Y muchos compañeros de ruta, seducidos por ellas, extravían su camino; falta de vocación y, sobre todo, de formación.

Sobre la creación artística en el teatro

Después de haber tratado de precisar lo esencial del fenómeno teatral, me meto en otro problema: ¿Cómo es eso de la creación artística? y ¿Cómo se da el teatro?

Partamos nuevamente del concepto de mimesis. Cuando se habla de imitación como transformación, transfiguración, transubstanciación, se está hablando de algo que caracteriza la *creación artística*; *creación de algo que alude a otra cosa*. «*La obra de arte es algo más algo otro. Eso otro es lo que constituye lo artístico*», dice Heidegger.

La obra de arte nos muestra algo que está más allá, y lo hace por medio de la metáfora, de la alegoría, del *símbolo*. Une, relaciona, junta aspectos de diferentes planos de la realidad. Entre paréntesis, recordemos que lo *simbólico*, etimológicamente, significa unir, juntar, y *diabólico*, desunir, separar. En el teatro todo es transformado y todo se convierte en *símbolo*. El campo del *juego* teatral es un campo de puras convenciones simbólicas, y los jugadores son el actor y el espectador, quienes juegan poniéndose de acuerdo en esas convenciones, sin las cuales no es posible el fenómeno teatral como creación artística. «*En el teatro es más inteligente el que se deja engañar que aquel que no lo hace*», dijo Gorgias de Leontino. Viéndolo de esa forma, la creación artística en el teatro implica al espectador (al expectante) como

El actor es una artista,
o debe serlo, si no lo es,
estamos hablando de otra
cosa. La particularidad de
su arte lo hace
extremadamente difícil: es
el creador de la obra de
arte (su personaje) y es, al
mismo tiempo, la materia,
el medio con el que crea.
Es intérprete e
instrumento.



colaborador en el acto de creación. Este hecho hace mucho más complejo el fenómeno, y para comprenderlo habría que recurrir a la ayuda de otras ramas del saber. Por ahora sólo puedo resaltar que, en la creación de espectáculo teatral hay muchos participantes, cada uno de los cuales debe ser un creador de obra artística. Menciono los principales: el escritor o dramaturgo, creador del texto dramático, que es la base; los actores, cada uno como creador de su personaje; el director, que organiza y da sentido total a todo lo que aparece en la escena. Si el director es realmente un artista, crea significados propios, es decir, agrega «algo otro». Y podemos seguir: el escenógrafo, el diseñador del vestuario, el del maquillaje, el músico, etc. Ya pueden ustedes imaginarse el problema para que el espectáculo resulte una obra de arte. Por eso se afirma que el teatro es el oficio más difícil del mundo o, por lo menos, es lo que opinan los directores. Dentro de este pademónium, ahora sólo podemos fijar nuestra atención en lo que es, sin duda, el factor fundamental: el actor.

El actor es una artista, o debe serlo, si no lo es, estamos hablando de otra cosa. La particularidad de su arte lo hace extremadamente difícil: es el creador de la obra de arte (su personaje) y es, al mismo tiempo, la materia, el medio con el que crea. Es intérprete e instrumento.

El gran actor, es el que es capaz de crear personajes profundos, memorables, de una originalidad adecuada, y no vista antes en otros intérpretes del mismo personaje. Para lograr eso debe conjugar, al mismo tiempo, en el momento efímero de su actuación, inteligencia, conocimientos, sensibilidad, memoria y técnica. Sobre todo técnica, que es lo que le puede dar, de manera clara, la formación académica.

El teatro y la formación académica

El actor necesita una formación rigurosa, continuada, paciente, crítica. Una formación guiada por especialistas en cada uno de los aspectos de la técnica que requiere. Y hablo, especialmente, de la *técnica*: de la calidad de los instrumentos de su oficio, y del manejo de esos instrumentos. Aquí estamos en el campo de la *artesanía*, rozando apenas el arte. Aquí surge la pregunta de siempre: ¿Puede la academia crear artistas? Y la respuesta es casi unánime: no.

El «deseo de ser otro» y el deseo vehemente de conocer cómo funcionan los seres humanos, de esa manera particular que es convertirse uno mismo en «conejillo de indias» para la investigación, eso no lo enseña nadie. La «pasión» (y recordemos que «pasión» significa «padecer») por ese extraño y viejo oficio no se puede inyectar en el laboratorio académico. «Lo que natura no da, Salamanca no lo presta».

Además, las otras condiciones que debe poseer el actor, y que mencionaba antes: inteligencia, sensibilidad, emoción, por decirlo de alguna manera, ya

➤ Dossier ➤

las trae incorporadas el joven estudiante. Por otra parte, son la experiencia de vida, las vivencias acumuladas, las emociones y pasiones soportadas, lo que constituye su bagaje. Para llegar a ser un gran actor hay que ser rico en vida, y eso requiere tiempo. La tragedia, como dice un director, es que cuando el actor llega a estar a punto, ya ha perdido la memoria de las copas que se ha tomado.

Un actor puede formarse de manera autodidacta. Sí. En nuestro país ha sido una constante, pues hubo épocas en las que no existían escuelas de formación del actor o eran muy escasas en otras. Cuando mi generación, y la inmediatamente anterior, comenzaron a hacer teatro, esa era la situación. Estoy hablando de los años cincuenta y sesenta. El maestro Enrique Buenaventura solía decir que él y sus compañeros se habían formado con el maestro «tabloski» antes de hacerlo con Stanislavski. Pero esa situación está muy lejos de ser ideal, y es parte de las razones por las cuales la actividad teatral en Colombia es precaria: pocos actores y directores de calidad, dramaturgos escasísimos, técnicas de escenario apenas despegando, público escaso...

La situación respecto a la formación está cambiando. Ya varias universidades han creado sus carreras o departamentos de arte dramático. Existen algunas escuelas sería de educación no formal. No hablo de escuelitas de garaje que prometen formar actores en algunos meses para lanzarlos al mercado de la TV. Para eso servirán, nada más. La formación de un buen actor es un proceso que dura toda la vida, lo mismo que la de un gran concertista, hablando de música; con la particularidad, lo repito, de que él mismo es, simultáneamente, intérprete e instrumento.

Como consideración final, creo firmemente que la calidad del artista y de su obra depende en gran medida de la persistencia, del empeñamiento contra todo un mundo que le es adverso, contra la propia desilusión. Esa persistencia requiere una formación sólida, profunda, una claridad sobre por qué hace lo que hace y cómo debe hacerlo. El artista debe ser un entusiasta en medio, y a pesar, del desencanto. Ese talante lo puede y lo debe dar la formación académica.

